

Cuando uno atraviesa por la adolescencia, se interna por un camino peligroso, sobre todo porque la gente que nos rodea en esa edad se centra en la aventura, y las drogas siempre tienen esa figura, la de aventura. Lástima que en la gran mayoría de los casos los jóvenes y niños o adultos, terminan por darse cuenta que se trata de una cueva sin salida, ir a una muerte segura, hacia la destrucción de la familia.

El cáncer del narcomenudeo que seriamente adolece nuestra sociedad, es el tema de *El cerco*, de Juan Antonio Rosado, una novela que nos ilustra tal problema con una narración sumamente accesible para cualquier lector y que, por otro lado, nos nutre porque no sólo aborda algunos casos y sus consecuencias sino que también propone posturas y opiniones ante las drogas. *El cerco*, con apartados de títulos de canciones de Francisco Gabilondo Soler *Cri-Crí*, no me es tan ajena ya que el autor dibuja los rumbos por donde yo viví hasta hace unos ocho años, allá por la colonia Santo Domingo, en Coyoacán, —que, por cierto, en 1985 era la colonia más peligrosa de América Latina. Por tal, sé de ellos, de los drogadictos y sus drogas. Conviví con ellos en cierto modo pues lo que nos rodea también nos marca. Conforme avanzaba en las páginas de *El cerco*, recordé a dos jóvenes. Me tocó presenciar su muerte por sobredosis, uno era hijo de mamá soltera y la otra era una mujer de provincia que, junto con su familia, llegó a la

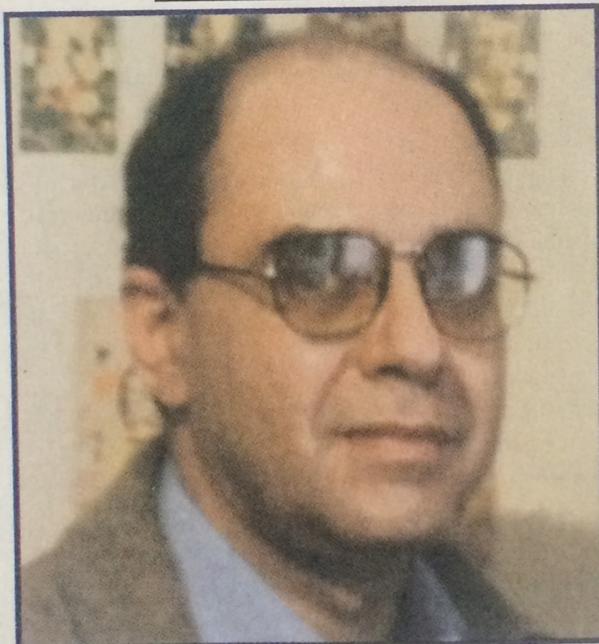
Ciudad de México en busca de mejoras, el gran engaño en buena parte de los que emigran de los ochenta para acá.

La más reciente novela de Juan Antonio sobre narcomenudeo se suma a otros trabajos sobre el tema, como *Polvo de estrellas*, de Norma Muñoz Ledo y, en buena medida, *La Reina del Pacífico y otras mujeres del narco*, de Víctor Ronquillo.

La novela escrita —como menciona Eve Gil en la contraportada del

El cerco, de Juan Antonio Rosado

Narcomenudeo



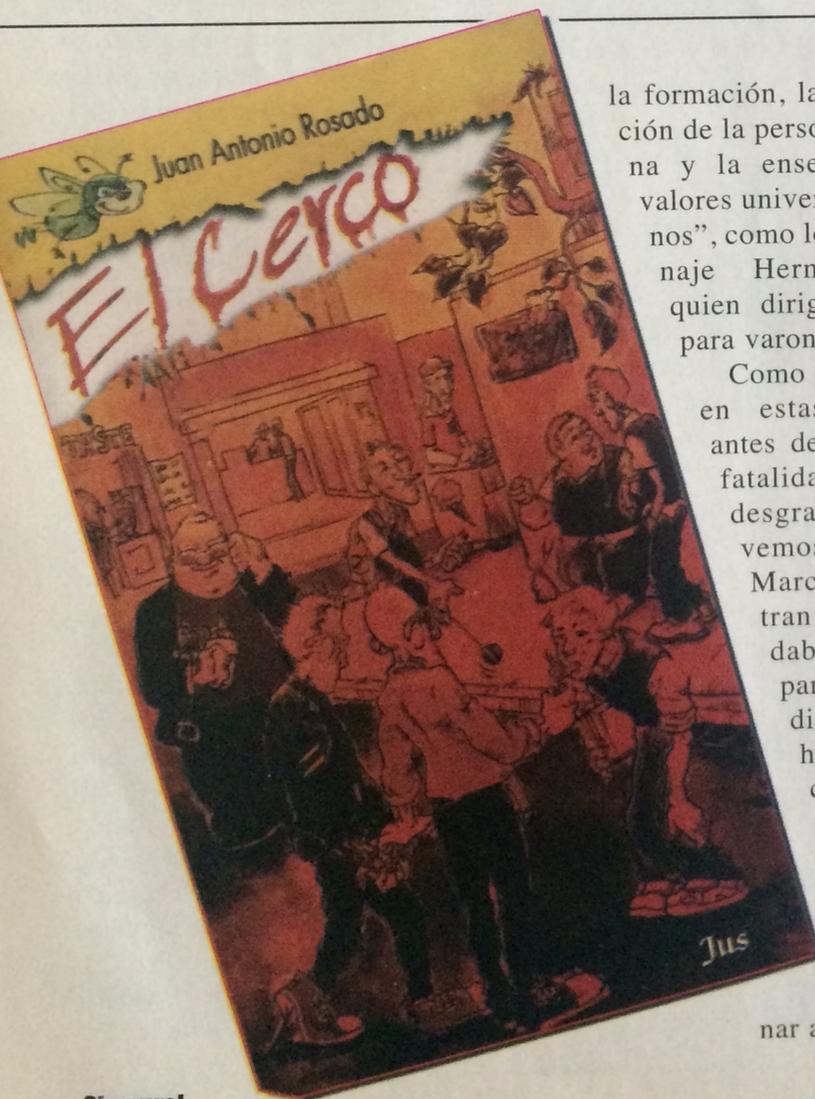
volumen— “en un tono entre lúdico y poético que nos hace recordar al James Joyce de *Retrato del artista adolescente*” se tejen historias en las que se desarrolla el entorno en el que se encuentra Sergio, quien nos cuenta su infancia en la que la pornografía, y después las drogas, mostraban su rostro en un colegio religioso. Así, se enfoca en la desgracia de una familia,

y también da luces sobre dónde comienza la desviación de los integrantes que no sólo acaban con su vida sino con las vidas ajenas. Por ello, la obra de Juan Antonio nos incita a comentar sobre algunos de sus registros:

La infancia feliz, donde los regalos de la tía Rosario, por ejemplo, marcaban también unión y armonía, pero cuando llega la droga es como cuando llega la muerte y se roba el brillo de los ojos.

La novela no sólo es una temible historia sino que también registra la postura de un matrimonio, los dos abogados y funcionarios, que debaten con amplios argumentos sobre la legalización de la droga. Uno a favor y otro en contra.

Siempre!



En la trama nos vamos involucrando a través de un diario, el del tío Marcos, vemos dónde está la fractura, cuando comienza a tener acercamiento con el alcohol y, más adelante, lo más terrible, cuando se da su encuentro con la droga. Su vida se ve amenazada por los maleantes que le vendían y lo que puede ser peor, también la de su familia que no tenía que ver en el problema en el que Marcos se había metido, pero así es la familia tradicional mexicana: todos, o casi todos, pare-

cen estar amarrados y es difícil sostenerse cuando alguien cae.

Por otro lado, si sólo nos atrevemos a echarle la culpa a los vendedores de drogas que rondan las escuelas, volteemos la mirada al volumen de Juan Antonio Rosado para comprender mejor lo que imaginamos: también están involucrados los directivos de las escuelas y, lo peor, que en el caso que nos ilustra Juan Antonio, se está hablando de una escuela religiosa, una escuela en la que lo que más importa “es

La novela no sólo es una temible historia sino que también registra la postura de un matrimonio, los dos abogados y funcionarios, que debaten con amplios argumentos sobre la legalización de la droga. Uno a favor y otro en contra. Uno de los personajes plantea: “el tráfico ilegal de drogas entre Estados Unidos y México comenzó como una transacción totalmente legal...”, para reafirmar esta postura, continúa, “la marihuana era bien recibida en los Estados Unidos. Y la marihuana

mexicana monopolizó el mercado gringo. Es más, las exportaciones de marihuana y heroína fueron legales, ¿me oyes ahora tú? —le dice a su espo-

sa— ¡le-ga-les!, hasta que en 1927 las prohibió Plutarco Elías Calles, ese presidente que también introdujo leyes antichinas e hizo masacres de chinos, y que creó Comités Pro Raza mucho antes que Hitler”.

Por último, es de mencionarse que estamos ante una novela que debe proponerse a las primarias, secundarias, prepas... a nuestra familia misma y no a Carlos Cuauhtémoc Sánchez a quien, en serio, hace unos años se le permitía leer sus libros en el CCH Sur; no sé si ahora aún sea así. La novela ilustra el camino pedregoso de la droga que no lleva a ningún lado más que a la desdicha. Aunque se dice que algunas drogas pueden iluminar también es cierto que después de ese deslumbramiento estamos ante el cerco de la desgracia como nos informa la magnífica narrativa que distingue ya a Juan Antonio en los diversos títulos de sus libros.

RICARDO MUÑOZ MUNGUÍA

la formación, la buena formación de la personalidad humana y la enseñanza de los valores universales y cristianos”, como lo dice el personaje Hermano Benito, quien dirige esa escuela para varones.

Como es de esperarse en estas situaciones, antes de que llegue la fatalidad, llegan las desgracias y, así, vemos cómo a Marcos lo secuestran quienes le daban la droga para que la vendiera, porque no había pagado. El cometió el error de consumirla él mismo y endrogarse. Por eso lo amenazan con asesinar a su familia.

*Texto leído en la presentación de la novela *El Cerco*, de Juan Antonio Rosado, el pasado 30 de octubre en Casa Lamm.